

EPÍLOGO

por STEFFAN CHIRAZI

No es fácil. ¿Cómo iba a serlo? Lemmy era tres metros de acero puro forrado de Kevlar con una dosis cuádruple de «que te jodan» corriéndole por las venas. Una presencia universal. Un líder tribal. Iba a sobrevivirnos a todos, ¿vale? A ti, a mí, a pueblos, ciudades y civilizaciones. Solíamos decir entre risas que cuando todo hubiera desaparecido, cuando el mundo quedara arrasado por lo que sea que acabe poniendo el reloj nuevamente a cero, sólo quedarían las cucarachas gigantes y Lemmy (que probablemente cabalgaría a lomos de una de ellas hacia algún oasis subterráneo bien abastecido de trujas y licor). Al margen de sus problemas de salud, al margen de cualquier otra circunstancia, su fallecimiento el 28 de diciembre de 2015 no formaba parte del plan. Simplemente no estaba en las cartas.

Y sin embargo aquí estoy, con la responsabilidad de escribir un epílogo para su excelente autobiografía, *White Line Fever* (coescrita por la maravillosa Janiss Garza), y el encargo de ponerte al día, querido lector, sobre todo lo acontecido en «Lemmylandia» desde 2002, el año en el que termina su libro.

¿Por qué yo? Allá por 1982 le escribí a Lemmy una carta preguntando si aceptaría ser entrevistado para la revista de

mi instituto, *Hollyvine* (cuatro folios DIN A4 fotocopiados, plegados y grapados; nada que pudiera considerarse un jugoso golpe de relaciones públicas). Lemmy no sólo accedió a ser entrevistado por el quinceañero que era yo, sino que me recibió en la puerta del estudio con un vaso de pinta lleno de vodka con naranja, me guió hasta una silla delante de la mesa de controles, me enseñó donde estaba la palanca del volumen y me puso el atronador *Another Perfect Day*, el álbum que Motörhead estaba completando en aquel momento. También permitió que me quedara zanganeando por allí toda la noche. No pasó mucho tiempo antes de que volviera a encontrarme con él, esta vez en el Festival Dalymount de Dublín. A base de faroles había logrado que me pillasen de becario en la revista *Sounds* (en aquella época un semanario musical importantísimo) y estuve maquinando hasta conseguir que me cedieran hueco para un artículo: una diatriba apasionada y desvergonzada propia de un fanático en la que explicaba por qué *Another Perfect Day* era un álbum que merecía mucho más respeto del que le estaban brindando tanto los críticos como los fans. Lemmy había apreciado enormemente aquella animosa defensa juvenil de su trabajo, motivo por el cual acabé viéndome en el *backstage*, inmovilizado en un abrazo de oso con la nariz plantada de lleno en su sobaco. Lem llevaba una camiseta sin mangas y mis narinas quedaron inundadas por el aroma único e inolvidable de un estilo de vida completamente libre, un aroma que ha permanecido grabado en mi conciencia desde entonces y hasta hoy. También me dio enérgicamente las gracias, lo que para mí fue como si el mismísimo Dios me hubiera dado su aprobación. Aquellas dos experiencias excedieron con creces cualquier aspiración adolescente que hubiera podido albergar y me dieron una base de seguridad en mí mismo que me animó a mudarme a Estados Unidos apenas cuatro años más tarde.

Si no hubiera sido por Ian «Lemmy» Kilmister, nunca habría acabado siendo escritor durante más de tres décadas ni disfrutando de una carrera que me ha visto emborronar páginas para medios como la revista *Sounds*, *Kerrang!* y el *San Francisco Chronicle* entre muchos otros, antes de conseguir un maravilloso puesto a finales de los noventa como redactor jefe de *So What!*, la revista oficial de Metallica. También fue el inicio de una amistad y de una relación laboral que continuaron sin altibajos hasta el fin de la vida de Lem.

Por supuesto, debería ser él quien añadiese este último fragmento de escritura a su biografía. He comprobado mi teléfono unas cuantas veces para asegurarme de que no me ha enviado un mensaje recordándome precisamente ese hecho. Pero, evidentemente, desde que acepté esta (imposible) tarea, no he recibido ninguno.

Pero, por favor, *sabed* que hasta la última palabra que teclee habrá sido escrita no sólo como si Lemmy en persona la estuviera leyendo, sino aportando sus inimitables comentarios.

Espero que todos, tanto vosotros como él, deis vuestra aprobación.

Steffan Chirazi, abril de 2016

Gracias a Robert Kiewit por su atenta revisión. A él le alegraría saber que le has echado un ojo (¡puede que incluso los dos!).

LOS ÚLTIMOS Y EXITOSOS AÑOS

Cuando Lemmy escribió el último capítulo de este libro en septiembre de 2002 (y ciertamente fue breve, en torno al metro cincuenta y ocho... ¡Eh, ése era su chiste!), se lamentaba de que el mundo se estuviera volviendo más estúpido, menos educado y más movido por el odio, tres cosas que Lemmy se negaba a tolerar. No podía sospechar que la siguiente década y pico iba a revelar al fin un mundo más allá del de los seguidores inmediatos de Motörhead que no sólo estaba dispuesto a oír lo que llevaba diciendo durante casi cuarenta años, sino también dispuesto a empezar a apreciarlo como un icono que había roto moldes. Probablemente también rompió otro tipo de moldes⁴: pequeños conjuntos de esporas, ocultos bajo las pilas de trastos que acumulaba en su apartamento increíblemente abarrotado de la calle Harratt, que habrían resultado de gran interés para la comunidad científica. ¡Pero basta de digresiones!

Durante los primeros años del siglo XXI, Lemmy se mostró igual de vigorosamente disgustado que siempre con el estado en el que se hallaba el mundo. En “Brave New World”, una canción del álbum *Hammered*, del año 2002, rezongaba de la siguiente manera: «Así que éste es el comienzo, el

4. Juego de palabras. En inglés, *mould* puede significar «molde» y también «moho».

nacimiento del nuevo siglo / El mundo es un lugar mejor para ti y para mí / Viviendo en un estado constante de rabia frustrada y embotada / Los inocentes abatidos a tiros en la calle a diario». Pero, lejos de sonar como un viejo amargado, al haber permanecido fiel a sí mismo tal como llevaba haciendo toda la vida, Lemmy estaba a punto de convertirse en un referente más molón que nunca (algo que, debe quedar claro, jamás le preocupó una mierda). Mientras Motörhead se pasaba de gira el año 2003 presentando *Hammered* (incluyendo un *tour* de seis semanas por Estados Unidos con Iron Maiden y Dio), nuevos jóvenes asilvestrados empezaban a descubrir el trabajo de la banda gracias a sus colaboraciones con Triple H y la WWE y a la inclusión de «Ace of Spades» en *Pro Skater 3*, el juego para PlayStation de Tony Hawk. Al mismo tiempo, los «artistillas» y los «entendidos en música» por fin empezaron a prestarle atención al grupo.

En febrero de 2004, Motörhead fueron invitados a tocar en la Royal Opera House de Londres como parte de una iniciativa publicitaria llamada «La Semana Asombrosa», organizada por la guía *Visit London* para incentivar el turismo a la capital británica, marcando la primera vez que un grupo de sus inmensas proporciones sónicas por poco no rompe los cristales. El mensaje era evidente: Motörhead estaban a punto de disfrutar de una nueva relevancia cultural y de repente un público más amplio pasó a interesarse por la historia del tal «Lemmy», el hombre que había militado en el primer conjunto inglés que actuó detrás del Telón de Acero, el hombre que había sido pipa de Hendrix, el hombre que había ayudado a estimular el rock psicodélico extremo en el cerebro de los británicos y el hombre que había creado el grupo de rock 'n' roll más ruidoso de la historia. El rico vocabulario de Lemmy también empezó a recibir una mayor y largamente merecida atención por parte de los medios. El periódico británico *The*

Guardian le dedicó un largo reportaje en 2004, mientras que *The Independent* y otros hicieron lo propio en 2005.

Lemmy también había empezado a explorar con redoblad vigor sus raíces musicales. Tras participar junto al guitarrista Danny Harvey y el batería Slim Jim Phantom (exmiembro de Stray Cats) en un álbum-homenaje a Elvis en el año 2000 —el *A Special Tribute to Elvis* de los Swing Cats—, el trío descubrió una fluidez y una facilidad en su manera conjunta de trabajar que les convenció de que aquel proyecto paralelo bien merecía la pena su tiempo. *The Head Cat* no fue únicamente un homenaje a héroes como Buddy Holly, Eddie Cochran y Johnny Cash; fue una vía de expresión que aportó momentos de enorme felicidad a Lemmy. Lejos de interferir con Motörhead, no nos faltarían argumentos para afirmar que *The Head Cat* contribuyó a que la banda continuase con su resurgimiento, pues le permitió a Lemmy cambiar de tercio para imbuirse de un sonido que formaba parte de su ADN (tal como puede oírse en *Walk The Walk... Talk The Talk*, su disco de 2011), pero que nunca iba a poder expresar de manera prominente en un estilo más cañero como el de Motörhead.

Fue también por aquella época cuando Lemmy empezó a realizar algunas grabaciones en solitario con la intención de editar algún día un álbum como solista. Centrándose estrictamente en sus temas y estilos favoritos, llegó a registrar colaboraciones con Dave Grohl, Reverend Horton Heat, los Damned, Joan Jett y Skew Siskin. Debe decirse que acabó siendo un proyecto al que únicamente se dedicaba de Pascuas a Ramos, pero Lemmy disfrutó haciéndolo y tenía pensado llevarlo a buen y fructífero término en algún momento futuro.

Ahora que se había divertido explorando sus proyectos paralelos, la concentración de Lemmy en los siguientes álbumes de Motörhead fue más intensa que nunca. *Inferno*, editado en 2004, fue tan explosivo como cualquiera hubiera

podido desear. El productor Cameron Webb le dio al grupo un nuevo filo y demostró ser perfectamente capaz de manejar su sarcástico humor británico. No obstante, el disco también nos brindó un maravilloso momento de rock 'n' roll con el acústico "Whorehouse Blues", en el que Lemmy se encargó de tocar la armónica. Aquel mismo año apareció también *Probot*, el proyecto de Dave Grohl que contó con la colaboración de Lemmy en la imposiblemente maravillosa "Shake Your Blood". Lemmy también tuvo ocasión de minar su inacabable veta humorística regrabando con Motörhead la canción "You Better Run" ("Más te vale correr") como "You Better Swim" ("Más te vale nadar") para la banda sonora de la película de *Bob Esponja*.

En 2005 Motörhead ganó al fin un más que merecido Grammy, aunque fuese por su versión de "Whiplash", un tema de Metallica, y el Motörrenacimiento continuó a todo trapo con el lanzamiento de *Kiss of Death*, que en 2006 entró en el Top 5 de las listas de ventas alemanas. Al año siguiente, Motörhead arrasó en el Royal Festival Hall de Londres tras recibir una invitación de la superestrella alternativa Jarvis Cocker (de Pulp) para participar en el Festival Meltdown, tradicionalmente comisariado por figuras de gran prestigio artístico (Nick Cave, Laurie Anderson, David Byrne y David Bowie fueron algunos de los comisarios de ediciones anteriores). Que Cocker escogiese a Motörhead para inaugurar el festival fue prueba evidente de que habían irrumpido en la rarificada estratosfera de los artistas venerados y universalmente apreciados sin haber dejado de ser los macarras de siempre.

En 2006, el primer disco de Lemmy con The Head Cat (*Lemmy, Slim Jim & Danny B.*) se reeditó con el título *Fool's Paradise*, llamando la atención del guionista y director Wes Orshoski. A medias con su socio, Greg Olliver, Orshoski planteó la posibilidad de grabar un documental sobre Lemmy.

Con la condición de que la película abarcara su plenitud como ser humano en vez de limitarse simplemente a los temas más «fáciles» (algo que afortunadamente coincidía con los intereses de los jóvenes cineastas), el rodaje dio comienzo en 2007. Aunque tardaría tres años en completarse, cuando finalmente se estrenó, *Lemmy* la película (incluido el eslogan «49 % cabronazo, 51 % hijo de perra») recibió encendidos elogios y catapultó aún más a Lemmy al ruedo cultural chapado en platino en el que merecía estar.

Los discos y las giras se sucedían de manera continua y Lemmy siguió haciendo lo que más amaba, llegando a pasarse en el autobús hasta varios meses del tirón. *Motörizer* (2008) fue un verdadero trallazo, y la arrolladora “Rock Out” demostraba que Lemmy no estaba dispuesto a tratar con guantes de seda nuestros oídos; incluso temas más lentos y *blueseros* como “One Short Life” sonaban arropados en un denso y espeso potaje sonoro. *The Wörld Is Yours* (2010) continuó en la misma onda, revelando algunas de las letras más contundentes de Lemmy en temas como “Brotherhood of Man” («Todos tenemos sangre en las manos, no podemos esperar llegar a limpiarlas / La Historia es un misterio, ¿sabes lo que significa? / Matanzas, muertes y carnicería, asesinados de buenas a primeras / Nuestro legado es la locura, la hermandad del hombre»). Una gira para celebrar el treinta y cinco aniversario del grupo dio pie a conciertos en Nueva York, Manchester y Santiago de Chile, que fueron grabados y editados en 2011 como *The Wörld Is Ours, Volume 1: Everywhere Further than Everyplace Else*. (El volumen 2, *Anyplace Crazy as Anywhere Else*, fue grabado en Wacken y editado en 2012).

Su ritmo de vida era el mismo de siempre y Lemmy continuó manejando su arrolladora velocidad con su consumada habilidad. Quizá las cosas se habían tranquilizado *un poquito* en el *backstage*. Durante los últimos años, Lemmy

había acabado por apreciar aún más el entorno relajado de su camerino, donde podía seguir devorando tranquilamente libros sobre todos los temas imaginables, jugar con su iPad y, en ocasiones, tocar algunos temas. Su habitación siguió siendo un refugio donde los amigos podían pasarse a saludar, compartir uno o varios tragos de bourbon y charlar animadamente. Visitar a Lemmy siempre fue como ir a ver una joya única y extraordinaria; era un hombre que se negó rotundamente a que lo tomaran por tonto, que rechazó con firmeza la idea de que debía *cambiar* para ser «popular», un hombre cuya integridad a prueba de bombas y cuya afectuosa calidez siguió inspirando (y reinspirando) a todos los visitantes.

El momento más negro de aquellos años tuvo lugar en 2011, cuando Michael «Wurzel» Burston falleció el 9 de julio a consecuencia de una insuficiencia cardíaca a los sesenta y un años de edad. En los últimos tiempos se había producido una reconciliación y su muerte golpeó a Lemmy con gran dureza. Igual que el fallecimiento de Ronnie James Dio un año antes, el de Kelly Johnson de Girschol en 2007 y el de Michelle Meldrum en 2008, supuso para Lemmy un nuevo recordatorio de que nadie sale de ésta con vida, y que algunas personas nos son bruscamente arrebatadas mucho antes de lo que cualquiera podría considerar justo.

En febrero de 2012, durante la gira *Gigantour* con Megadeth, Motörhead tuvo que cancelar sus últimos cuatro conciertos debido a una laringitis de Lemmy complicada por problemas respiratorios, pero aparte de este inconveniente aislado, su presencia en la carretera continuó sin contratiempos, incluyendo el *Mayhem Tour*, una gira estadounidense por anfiteatros en compañía de Slayer y Slipknot. Lemmy incluso tuvo la oportunidad de conocer y homenajear a uno de sus mayores ídolos, Chuck Berry, en un concierto *all-star* que se celebró en su honor en Cleveland, Ohio. Pero a medida

que se iba acercando el cierre de otro exitoso «motöraño», la situación estaba a punto de cambiar de manera significativa. Lemmy, todo hay que decirlo, había pasado por la vida con el poderío de un rebaño de ñus galopando majestuosamente por la sabana. Nunca tuvo sustos ni problemas relacionados con la salud, lo cual, teniendo en cuenta la absoluta libertad con la que siempre le había dado al frasco, le colocaba firmemente en la categoría de «fenómenos de la ciencia» dignos de ser estudiados. De modo que el hecho de que su salud *finalmente* se resintiera le supuso un desafío brusco, indignante y aterrador.

(Luchando) Hasta el final

Lo primero que empezó a manifestar enérgicamente su descontento fue el corazón de Lemmy, que de repente parecía furiosamente arrítmico y sobresaturado, algo que (a su vez) sometió a una gran tensión a todo su sistema. Por ello, a principios de 2013, Lemmy ingresó en un hospital para que le pusieran un desfibrilador. Al ser éste su primer problema grave de salud, Lemmy empezó a sentir una emoción nueva: vulnerabilidad. Pero rodeado por una fuerte red de apoyo y estimulado por las visitas de unos cuantos amigos íntimos que le ayudaron a recuperar la seguridad en que seguía siendo Lemmy y que ningún roñoso desfibrilador iba a frenarle, volvió a ponerse en forma.

Cuando le preguntaban en las entrevistas, Lemmy solía responder que había tenido «problemas de corazón», pero de *ninguna* manera estaba dispuesto a revelar públicamente el alcance de sus problemas de salud, en primer lugar porque no quería que la gente estuviera todo el rato diciéndole cosas como «que te mejores» y brindándole lo que él habría considerado unos niveles incómodos de simpatía. «No merece la pena darle importancia» podría ser la mejor manera de expresar su punto de vista a este respecto. Tampoco tenía

ningún interés en mostrarse físicamente desmejorado frente a sus seguidores. Recuerda: hablamos de un hombre que siempre se enorgulleció mucho de su aspecto y que seguía completamente entregado a sus botas vaqueras confeccionadas a mano, a sus vaqueros ajustados y a sus camisas negras.

No obstante, incluso Lemmy era consciente de que hay un límite al tiempo que puedes seguir jugando al póquer con la parca antes de que te empiecen a fallar los faroles. Ute Kromrey, la directora de marketing y medios de Motörhead en Europa, adoptó el papel de «enfermera» durante las giras europeas, colaborando con los ayudantes personales de Lemmy para asegurarse de que sus necesidades médicas cada día mayores estuvieran bien atendidas.

Pareció imponerse un patrón consistente en que, tras una temporada de atención y cuidados, Lemmy volvía a la carga rugiendo y a todo trapo, pero lo cierto era que su sistema estaba sufriendo una lenta pero continua erosión, algo que, francamente, no podrá sorprender a nadie teniendo en cuenta las décadas de vida despreocupada que había soportado hasta entonces. Probablemente el factor que más contribuyó a esta erosión fue la aparición de una diabetes tipo 2, un verdadero mazazo para una persona que bebía Jack Daniel's con Coca-Cola como si fuese agua (de hecho, en cantidades muy superiores a su ingesta de H₂O) y que llevaba una dieta no particularmente «baja en carbohidratos». Se le sugirió que empezara a usar Coca Light en vez de Coca-Cola, pero Lemmy se burló de semejante idea, negándose empecinadamente a hacer el cambio y dándose cuenta de inmediato cada vez que algún ayudante intentaba darle gato por liebre. Otro problema era que, cada vez que Lemmy intentaba adoptar una dieta más saludable, acababa llevándola hasta extremos contraproducentes. En una ocasión le sugirieron que los arándanos podían ser una buena alternativa al picoteo, pero

Lemmy acabó comiéndose varios canastillos enteros al día, deshaciendo así cualquier posible beneficio. Roma, se decía en otros tiempos, no se construyó en un día.

Lemmy continuó realizando cambios en su estilo de vida, ejercitándose en una bicicleta estática entre veinte y treinta minutos diarios y rebajando el número de cubalibres que se bebía, así como la cantidad de pitillos que se fumaba. Los pies y las piernas pasaron a ser otro problema, ya que empezó a sufrir dolores y entumecimiento con regularidad paulatina (en cualquier caso, no quiso ni oír hablar de cambiar sus famosas botas vaqueras por un calzado de suela plana). El corazón siguió dándole problemas, por lo que, entre las crisis cardíacas y la diabetes, su sobrecargado sistema acabó por quedarse sin reservas en el depósito para afrontar otras dolencias relativamente menores. Una caída le produjo una lesión en la cadera que acabó degenerando a su vez en «hematoma severo» (en cristiano: un cardenal enorme), lo cual provocó que su médico le ordenase que se dejase inmediatamente de conciertos para descansar y darle a su cadera el tiempo necesario para sanar.

El regreso al circuito de festivales europeos empezó bien y como todas las fechas caían en fin de semana, siempre había varios días de asueto entre medias. Por una parte esto era positivo, ya que así Lemmy tenía tiempo de sobra para descansar entre actuaciones. Por otra, sin embargo, se fue imponiendo la impresión, cada vez más acuciada, de que si Lemmy realmente debía seguir en la carretera, quizás los intervalos entre concierto y concierto eran excesivos. Pues aunque a nosotros nos sugieran descanso y relax, lo cierto es que para un músico los días libres son simplemente días malgastados sentado en un hotel, días en los que las manos se anquilosan por la falta de práctica que otorga la regularidad del directo.

Llegado junio se hizo patente que Lemmy no había descansado lo suficiente y sus médicos le exigieron con rotundidad que parase, volviera a casa y se recuperase adecuadamente. Aunque a regañadientes, Lemmy accedió a tirar la toalla, cancelando el resto de citas pendientes para el verano de 2013 y declarando: «Me gustaría darles las gracias a todos aquellos que me han transmitido sus buenos deseos; me ha resultado una decisión difícil de tomar, ya que no me gusta decepcionar a los fans, particularmente en un momento de crisis económica, cuando la gente se ha gastado su dinero para vernos».

Y descansar, descansó. Pero la situación empezaba a alargarse en exceso, por lo que Lemmy decidió que quería intentar tocar el 2 de agosto en el Festival de Wacken. Actualmente en su trigésimo segunda edición y reconocido como uno de los más importantes festivales de heavy metal del mundo, Wacken agota anualmente todas y cada una de sus 80.000 localidades a las pocas semanas de haberse puesto a la venta, sin importar quiénes sean los cabezas de cartel. Esta enorme celebración de la cultura roquera y metalera ha atraído de manera continuada a referentes como Iron Maiden, Ozzy Osbourne, Judas Priest, Deep Purple y Saxon, pero, para muchos, era Motörhead quien ponía la guinda con cada una de sus actuaciones. Hubo opiniones divididas sobre el estado de salud de Lemmy, pero, aun así, se llegó al acuerdo de dar el concierto. Fue como si el mismo Lemmy necesitase ver y sentir, de una vez por todas, que el suyo era un problema muy real que iba a exigirle modificar por completo su estilo de vida a partir de aquel momento. Y Lemmy necesitaba oírsele decir de manera definitiva a la persona más directamente involucrada en el asunto: él mismo.

Aquel día en Wacken fue insoportablemente caluroso, treinta y pico grados sin tendencia a la baja y un nivel de humedad espantosamente elevado. Lemmy se quedó en su

cabaña/camerino, como siempre hacía, con el aire acondicionado puesto a tope, leyendo un poco y agasajando a algún que otro viejo amigo que se pasó por allí, bajo la atenta mirada de su ayudante de gira, Ian Gainer. Es verdad que no se le veía tan robusto como, pongamos, una década antes, pero en cualquier caso Lemmy parecía dispuesto a ponerse a prueba, ignorando en gran medida la callada preocupación tanto de su equipo como de Ulrike Rudolph, el director del sello UDR, que llevaba más de dos décadas siendo un amigo fiel así como parte de la familia Motörhead.

Pero, repito, *Lemmy necesitaba saber*. Además, se sentía tan disgustado por haberse visto obligado a cancelar la gira veraniega, que en su fuero interno estaba convencido de que aquello era algo que simplemente *había* que hacer, tanto por los aficionados como por el propio festival de Wacken (uno por el que Lemmy siempre sintió aprecio). «¡Hace poco he estado enfermo, así que he subido al escenario para tocar algo de rock 'n' roll y joderme un poco más la vida!», rugió frente al público antes de arrancarse con “I Know How to Die”, seguida sin pausa por “Damage Case”. El calor azotaba inmisericordemente a todos los presentes a ambos lados de la barrera y, sumado al estado de salud de Lemmy, acabó convirtiendo el concierto en una maratón para él.

Antagónico siempre a hacer lo que pudiera decirle cualquier otra persona, Lemmy decidió por sí mismo que había llegado el momento de parar cuando terminaron de tocar “The Chase Is Better than the Catch”. Una mezcla de fatiga abrumadora y de temor genuino a estar forzando la máquina más allá del límite fueron los factores determinantes en su decisión. Regresó a su camerino, donde estuvo un buen rato recuperando lentamente la compostura. Por supuesto, teniendo en cuenta la naturaleza del momento, los móviles y las páginas web eran un hervidero de especulaciones sobre

el estado de su envoltorio mortal. A decir verdad, Lemmy se había forzado hasta el límite y había recibido la respuesta que quizás ni siquiera él había creído del todo hasta aquel momento: su vida tendría que cambiar si quería seguir no sólo tocando, sino simplemente viviendo. De todos modos, no sufrió un colapso, ni una crisis ni un derrumbe sistémico; sencillamente le vio las orejas al lobo y decidió parar. A pesar del corazón, a pesar del calor y a pesar de la indefensión que sintió cuando terminaron de tocar "... Catch", Lemmy *mantuvo* un férreo control sobre la situación. También obtuvo su respuesta.

Cuando regresó a Estados Unidos, se mostró de acuerdo en que había llegado el momento de someter su estilo de vida a una modificación tan plena como fuera capaz de asumir sin llegar a tener la sensación de que estaba renunciando a la vida. Tendría que seguir tomando *speed* para aguantar el ritmo, pero era otra sustancia blanca la que estaba demostrando ser un verdadero peligro para él —el azúcar—, así como los carbohidratos en general. Sus comidas pasaron a estar preparadas bajo la supervisión de sus médicos y de su fiel novia Cheryl (chef profesional). Continuó pedaleando en su bici estática para hacer algo de ejercicio, cambió el Jack con cola por vodka con zumo de naranja (¡a pesar del azúcar del zumo!) y empezó a dormir y en general a descansar más. Resultaba evidente para todos, él incluido, que Lemmy estaba achacoso y sin duda pagando en parte los excesos de décadas viviendo sin límites ni descanso. En cualquier caso, estaba decidido a seguir adelante. Por mucho que en ocasiones pudiera llegar a lamentarse de su situación, su sentimiento general y el que más a menudo manifestaba giraba en torno a: ¿qué otra cosa iba a hacer salvo seguir tocando? ¿Qué otra cosa iba a hacer salvo seguir componiendo? ¿Qué otra cosa iba a hacer salvo salir de gira?

Lemmy también era plenamente consciente de las responsabilidades hacia su «equipo». Motörhead siempre había sido un equipo y a la vez una familia para él y, en tanto que patriarca, simplemente no podía aceptar la idea de decepcionarles. El sentimiento de culpabilidad ya le había desanimado bastante en 2013 a raíz de las cancelaciones de conciertos y, al margen de lo mucho que insistieran quienes le rodeaban para convencerle de que no tenía nada de lo que sentirse culpable, Lemmy (siendo Lemmy) nunca dejó de experimentar en parte la sensación. Sobre todo, no quería decepcionar a sus seguidores. ¡Era todo un dilema! Por una parte no estaba dispuesto a mostrarse débil y desmejorado; por otra, retirarse definitivamente por motivos de salud tampoco era una opción. Y aunque quizá los cambios que Lemmy hizo en su vida no fuesen todo lo drásticos que podrían haberse considerado necesarios en su momento, para él fueron enormes. Entre todos ellos, uno de los más grandes fue su mudanza del piso de la calle Harratt a otro apartamento a tiro de piedra de allí, más espacioso, completamente nuevo e impoluto. Ciertamente estaba iniciando una vida más «limpia».

Bajo los atentos cuidados de Cheryl, Lemmy se recuperó y regeneró lo mejor que pudo. El álbum *Aftersbock*, grabado a principios de año con intención de ser lanzado en verano, acabó editándose en octubre de 2013 y recibió buenas críticas. Su primer disco en tres años, *Aftersbock* era auténtico sonido Motörhead: puro, desafiante y sin adulterar, con sus habituales y desvergonzadas influencias de rock *bluesero* y unas letras en las que Lemmy se mostraba aún más elocuente si cabe e imperiosamente airado («¡Silencio cuando hables conmigo!»). El álbum entró en el nº 22 de las listas de *Billboard* y se organizó la tradicional gira invernal por Europa. Sin embargo, la salud de Lemmy continuó presentando complicaciones mientras él y sus médicos intentaban encontrar

un equilibrio entre su diabetes, los problemas de corazón y un estilo de vida sostenible. La gira fue reprogramada para principios de 2014, pero aun así su cuerpo se negó a cooperar y el grupo se vio obligado a cancelar definitivamente sus citas.

Tras haber aceptado una invitación a tocar en abril en el prestigioso festival Coachella Valley Music and Arts de Indio, California (dos conciertos en dos fines de semana frente al público más *hipster* de Estados Unidos), todo se centró en saber si Lemmy estaría capacitado para salir al escenario. En términos de reputación en Estados Unidos, participar en el Coachella era un gol por toda la escuadra para Motörhead. El festival supone una variada cornucopia que une bajo un mismo techo a los grupos más en boga del momento junto a aquellos considerados dignos de veneración eterna, y la edición de 2004 vio a Motörhead compartiendo cartel con artistas como Outkast, Lorde y Beck, solidificando aún más su inmortalidad cultural entre críticos y no-fans. Un par de bolos de calentamiento en San Francisco la semana anterior, y una actuación soberbia en el Club Nokia de Los Ángeles que renovó su seguridad en sí mismo, animaron a Lemmy a retomar sus apariciones casi anuales en los festivales de verano europeos, antes de regresar a Estados Unidos para inaugurar el primer crucero Motörhead Motörboat («El barco más ruidoso del mundo»).

Hay quien ha sugerido que Lemmy fue obligado en contra de su voluntad a hacer ciertas cosas. Semejantes comentarios no suponen más que un insulto a su memoria. *Cualquiera* que piense que Lemmy no hizo lo que le daba la gana demuestra un claro desconocimiento de quién era como persona. *Por supuesto* que tuvo en consideración las opiniones de otros y no cabe duda de que se sentía culpable por la cancelación de conciertos. Y *por supuesto* que se cansaba con mayor facilidad, tenía menos energías que antes y a menudo necesitaba grandes

descansos entre concierto y concierto (Lemmy estaba familiarizándose al fin con la palabra «sueño», una que ciertamente no había figurado demasiado en su vida anterior). No obstante, eso era precisamente lo que hacía Lemmy. Ésa era su vida. Ése era el camino que había escogido. Y ya fuese motivado por el instinto, el deseo o (lo más probable) una mezcla de ambas cosas, Lemmy siempre iba a seguir tocando en directo cuantas veces le fuera posible. No se le escapaba el hecho de que el renacimiento cultural de Motörhead les estaba brindando el mayor éxito del que habían gozado desde hacía décadas. Los recintos en los que actuaban eran cada vez más grandes y estaban agotando las localidades, así que estaba empeñado en disfrutarlo al máximo. Quizás lo único que de verdad le preocupaba era que había pasado de ser una figura imponente a convertirse en una persona cuya salud era el principal tema de conversación. Lemmy nunca tuvo paciencia para la conmisericordia y, a pesar de que agradecía los buenos deseos de la gente, sin duda tuvo que escocerle verse destinatario de tantos mensajes de «que te mejores pronto».

Durante el mes de noviembre de 2014, Motörhead se embarcó en una gira más reducida que de costumbre por Europa con sus amigos The Damned y Skew Siskin, tras lo cual el grupo se tomó cinco semanas de descanso antes de volver a reunirse en 2015 para preparar un nuevo álbum. El proceso de composición y grabación no fue un periodo agradable para la banda. El productor, Cameron Webb, insistió en que la mayoría del trabajo se realizase en vivo en el estudio, lo que implicaba tener al grupo grabando al unísono en la misma sala. Esto supuso adentrarse en un territorio nuevo y en cierto modo complejo que en un principio produjo cierta incomodidad entre los miembros del grupo. Sin embargo, *Bad Magic* fue el mejor álbum de Motörhead en una década y tanto los críticos como los fans se apresuraron a cantar sus

alabanzas. El grito de batalla inicial de Lemmy, «¡Victoria o muere!», anunciaba su trabajo más brutal en una década, con un vigor vitriólico que le revelaba tan cabreado como siempre. La habilidad de Lemmy para articular preocupaciones sociales y societarias seguía teniendo el filo de una navaja («Mira a tu alrededor y observa a los soldados, míralos marchar a la guerra / Fíjate bien cuando pasen a tu lado / Son todos héroes pero ignoran por qué luchan / Ése es el espíritu, victoria o muere») y en conjunto, las letras del álbum estaban impregnadas de desafío y desprecio por el sistema, los mentirosos, los embaucadores y los malnacidos. Llegando al Top 5 de prácticamente todos los países europeos (a Lemmy le satisfizo en particular el primer puesto en Alemania) y entrando en el Top 40 de las listas estadounidenses, el álbum que tanto estrés había provocado en su realización estaba demostrando su razón de ser.

Cuando se empezaron a discutir los planes de celebración del cuadragésimo aniversario de la banda, Lemmy estudió varias sugerencias, entre ellas resucitar el decorado de escenario utilizado en 1982 durante la gira *Iron Fist* (que descendía desde el techo, sujeto por cuatro enormes cadenas, con focos debajo del extremo frontal) y sacar a volar de nuevo el célebre, enormemente popular y recientemente actualizado «Bombardero» de luces. Al final ganó el Bombardero, aunque al contrario que a finales de los setenta, cuando debutó el original, Lemmy no estuvo dispuesto a encaramarse a su morro mientras el avión subía y bajaba sobre el escenario.

Aunque estaba indudablemente más delgado que de costumbre, los ojos de Lemmy seguían brillando con entusiasmo y su lengua conservaba el filo de su penetrante y sarcástico ingenio. Como cualquier otra persona a punto de cumplir setenta años, se mostraba impaciente y en ocasiones incluso fulminante en lo referente a evaluar ciertos

«adelantos» de la vida moderna. A pesar de que utilizaba un iPhone y un iPad, Lemmy sentía poca predisposición a alabar las virtudes de Internet y parecía casi resignado al hecho de que, en general, el gusto y aprecio por la calidad de las cosas bien hechas hubieran quedado arrollados por el ritmo incesante del mundo moderno. Quienes le visitaban en su piso conocen la sensación de estar admirando, pongamos, una daga de la Segunda Guerra Mundial mientras Lemmy se enrollaba de lo lindo sobre el nivel de artesanía necesario para manufacturar y tallar la pieza. ¡Ciertamente NO estaba hecha en Hong Kong! Y siempre siguió teniendo tiempo para las grandes voces y la música genuina, poniéndole continuamente a sus invitados discos de Skew Siskin, Skunk Anansie y Evanescence entre otros, y manteniendo los ojos y los oídos bien abiertos en busca de jóvenes guerreros de la carretera. Sí es correcto observar que en general el gusto de Lemmy por la vida de músico ambulante estaba menguando, pero parar le parecía ilógico, ya que salir de gira era su razón de ser. Lemmy no quería dejar de poner de su parte para mantener el tren en marcha. Empezó a calzar unos *creepers* blancos de cuero muy estilosos sobre el escenario y fuera de él redujo aún más el consumo de tabaco y alcohol. Ya tampoco salía tan a menudo como antes.

El año 2015 iba discurriendo bien para Motörhead y el 26 de junio les aguardaba una actuación vespertina en el festival de Glastonbury, detrás de los Libertines y Florence & the Machine en el escenario Pirámide. Fue, por muchos motivos, un momento definitorio en la historia de la banda. Tras haber iniciado su carrera siendo un grupo, un estilo de vida y una actitud para muchos (y no sólo un género), allí estaban después de cuarenta años, de regreso en tierras inglesas para reclamar su legítimo lugar en el trono como institución pionera en la historia del rock 'n' roll británico. La

retransmisión de su concierto en directo por parte de la BBC y la entrega total de la banda en una actuación atronadora, gamberra y particularmente estremecedora, contribuyeron a que la ya de por sí considerable leyenda de Lemmy recibiese la que posiblemente fuera la mayor atención brindada hasta entonces por la prensa británica mayoritaria. El *Daily Telegraph* observó que Motörhead habían «encajado a la perfección, siendo el tipo de grupo que suena mejor en el barro y la lluvia», mientras que *The Times* destacó que «la tarde del viernes en Glastonbury estuvo dominada por Motörhead» y lo «refrescante de tener una alternativa a tanta paz, amor y estilos de vida sostenibles». Sin embargo, fue la *NME* (una publicación que nunca se ha caracterizado particularmente por su simpatía hacia Motörhead) la que quizá lo expresó de la mejor manera posible, al proclamar: «Ian “Lemmy” Kilminster sigue firmemente adelante, con los chakras desafiantemente desalineados y, como siempre, con su pinta más molona de cabronazo peludo y verrugoso con gafas de espejo». Las muestras de respeto también se sucedieron en Estados Unidos. En agosto, Motörhead fueron homenajeados oficialmente por el ayuntamiento de Los Ángeles con motivo de su cuarenta aniversario, algo de lo que Lemmy se sintió muy orgulloso teniendo en cuenta sus veinticinco años como residente de la ciudad.

La situación, no obstante, iba empeorando gradualmente.

La fatiga, el agotamiento y el desgaste general no aflojaban sus garras y Lemmy ponderaba en silencio la ironía de que el grupo estuviera gozando de una de sus etapas de mayor popularidad sólo para sufrir las progresivas interferencias de sus problemas de salud. Aun así, hizo de tripas corazón y siguió adelante. Los demás festivales veraniegos del año salieron bien, pero la gira otoñal por Estados Unidos se le hizo rápidamente cuesta arriba y Lemmy se vio obligado

a abreviar los conciertos de Salt Lake City y Austin, debido a problemas respiratorios relacionados con la altitud, y a cancelar por completo una actuación en Denver. No obstante, tras una temporada de descanso, Lemmy se sintió con fuerzas suficientes como para liquidar el resto de compromisos que les quedaban pendientes y también para pasar una semana en el crucero *Motörboat* que partía de Miami.

Puede que debido a su propia y radiante seguridad en sí mismo y en su energía, todos cuantos rodeábamos a Lemmy —el grupo y sus representantes, sus amigos y seres queridos— pensamos simplemente que sus problemas recurrentes de salud se debían a una combinación de dolencias manejables y trastornos habituales de la vejez. Se hicieron preguntas y se consultó con diferentes médicos, pero Lemmy estaba ansioso por ver qué tal salía el tour europeo de aquel otoño.

La gira arrancó bien y tanto Phil Campbell como Mikkey Dee consideraron que sus actuaciones eran tan potentes como siempre, y salvo algún que otro verso olvidado ocasionalmente (algo que les sucede a muchos músicos que se niegan a usar el teleprompter), Lemmy se mostró en forma. Cheryl lo acompañó durante la gira y Ute también, de modo que estaba bien atendido. Todo discurría bien hasta que el 11 de noviembre Lemmy recibió la noticia del fallecimiento de Phil «Philthy Animal» Taylor. Fue un verdadero mazazo. Taylor llevaba delicado varios meses y Lemmy había hablado con él por teléfono hacía apenas unos días. Pero aun sabiendo lo enfermo que estaba, la muerte de Taylor le sobrecogió profundamente; no cabe duda de que la desaparición de un antiguo compañero de banda y amigo de toda la vida debió de poner aún más de relieve la condición cada vez más frágil de su propia salud.

La gira europea no sólo había agotado sus localidades, sino que estaba recalando en algunos de los recintos más

amplios visitados por Motörhead en muchos años. El grupo acabó dando dos conciertos en Múnich que se grabaron con idea de ser editados en un futuro (el plan era grabar otros dos conciertos para los que también se habían agotado las localidades en el Apollo de Londres, también conocido como Hammersmith Odeon, en enero de 2016). Hubo hasta tiempo de cancelar un par de actuaciones y reprogramarlas para el final de la gira... ¡y esta vez no tuvo nada que ver con la salud de Lemmy!

Mientras tanto, en Los Ángeles, se había tomado desde hacía algún tiempo la decisión de organizar una fiesta el 13 de diciembre en el Whiskey-A-Go-Go para celebrar su setenta cumpleaños. Sus amigos se reunirían para el acontecimiento y para disfrutar de una música que reflejaría los gustos de Lemmy, interpretada por músicos como Matt Sorum, Slash, Rob Trujillo, Slim Jim Phantom, Danny B. Harvey, Whitfield Crane, Scott Ian, Sebastian Bach, Steve Vai, Billy Idol, Chris Jericho, Bob Kulick, Billy Duffy, Steve Jones, Zakk Wylde y hasta su hijo Paul.

Para muchos que llevaban algunos meses sin ver a Lemmy, su demacración supuso un shock. Parecía avejentado, muy cansado, muy lento de reacciones, y sus palabras resultaban un poco más difíciles de descifrar que de costumbre. ¡Por otra parte, se trataba de un hombre de casi setenta años que acababa de regresar hacía cuarenta y ocho horas de realizar una gira europea! La fiesta discurrió agradablemente, pero Lemmy se limitó a permanecer sentado viéndolo todo desde el palco, sin subirse al escenario en ningún momento, prefiriendo escuchar la música y también leer un libro.

Lemmy accedió a pasar por el hospital dos días más tarde, ya que aún no se sentía ni mucho menos recuperado. Se le realizaron más pruebas, así como un TAC cerebral. Los trágicos resultados llegaron rápidamente. Eran peores de lo que

nadie hubiera podido sospechar. Lemmy tenía un cáncer agresivo y terminal. El más negro de los polizontes se había ocultado entre sus demás dolencias, evitando ser detectado a pesar de todos los cuidados médicos que Lemmy había estado recibiendo. El cáncer se había extendido por todo su cuerpo: el cerebro, el cuello, los órganos. El pronóstico era que le quedaban entre dos y seis meses de vida. No había vuelta de hoja. Nadie cercano a Lemmy estaba seguro de cómo actuar. El 26 de diciembre por la tarde, sus representantes (Todd Singerman, Shelly Berggren, Dixon Matthews) y su médico fueron a su apartamento, donde Cheryl y Paul ya estaban con él.

Siempre práctico y valeroso, Lemmy recibió la noticia mucho mejor de lo esperado, farfulló una pequeña (y comprensible) queja sobre el poco tiempo que le quedaba, pero por lo demás demostró una aceptación increíblemente medida de la situación. Le preguntaron qué quería hacer al respecto. ¿Deseaba que se hiciera público? ¿Debían decirse-lo únicamente a unas pocas personas? ¿Quería recibir visitas? A Lemmy le pareció bien que la gente supiera que tenía cáncer, dijo que no había motivo para ocultárselo a nadie, y que si un puñado de amigos íntimos querían pasarse a verle, pues claro, ¿por qué no? Lentamente se abordó la horrible tarea de compartir la noticia. Hacía apenas un mes, los receptores de esta siniestra nueva habían recibido invitaciones a la fiesta del septuagésimo cumpleaños de Lemmy en el Whiskey-A-Go-Go de Hollywood. Ahora se les recomendaba con amabilidad que fuesen preparándose para ir a despedirse de él en las próximas semanas.

Si el resultado del cáncer terminal había supuesto una conmoción, la noticia que saltó tan solo dos días después, la tarde del 28 de diciembre, fue inequívocamente desoladora. Uno de los más antiguos amigos de Lemmy, Mikeal

Maglieri, del Rainbow Bar and Grill, había estado visitándolo. Lemmy estuvo jugando un rato a su máquina recreativa favorita, Megatouch (transportada hasta el apartamento desde el Rainbow), y después se echó a descansar un rato, cuando... simplemente... se marchó... Sólo habían pasado diecisiete días desde que Lemmy había descendido del escenario del Max-Schmeling-Halle de Berlín.

En apenas unas horas, la trágica noticia se convirtió en viral. Todas las cadenas importantes de noticias, desde Fox News, CNN y CBS en Estados Unidos hasta BBC e ITV en Gran Bretaña, informaron del hecho e Internet simplemente estalló. Cientos y cientos de personas se presentaron en la «segunda casa» de Lemmy, el Rainbow, y durante las siguientes setenta y dos horas la tormenta mediática pasó a ser más intensa aún, a medida que la prensa mundial iba encadenando toda una serie de obituarios, homenajes y titulares acongojados. Quizás el más apropiado fuese el de la malsonante pero perfecta primera plana que le dedicó el diario francés *Libération*: «FUCK!». Seguro que a Lemmy le habría hecho reír.

Sus colegas no tardaron en rendirle homenaje. Ozzy Osbourne fue uno de los primeros en expresar su profunda tristeza. «Hoy he perdido a uno de mis mejores amigos, Lemmy. Le echaré muchísimo de menos. Era un guerrero y una leyenda». Metallica también presentó sus respetos: «Lemmy, eres uno de los motivos principales por los que este grupo existe. Seguiremos estándote eternamente agradecidos por toda tu inspiración». Alice Cooper, Brian May de Queen, Gene Simmons de Kiss, Iron Maiden, Nikki Sixx de Mötley Crüe, Judas Priest y muchos más se manifestaron en las redes sociales para expresar sus condolencias. Fueron tantas las reflexiones y recuerdos compartidos aquellos días que todos acaban fundiéndose entre sí.

El funeral que se celebró el 9 de enero de 2016 no fue sencillo de organizar. Por decirlo suavemente, Lemmy no les tenía demasiado aprecio a las iglesias, por lo que el recinto debía de ser flexible. Desde que se mudase a Los Ángeles hacía años, Lemmy siempre había ensalzado las virtudes de su ciudad adoptiva y era allí donde quería reposar. El cementerio de Forest Lawn en las colinas de Hollywood (en el que también está enterrado Ronnie James Dio) era la mejor elección. Además, con millones de fans en duelo, hacía falta decidir qué habría querido Lemmy de tal «acontecimiento», suponiendo que le hubiese parecido necesario. Una celebración de su vida en la medida de lo posible. Una conmemoración. Y también un poco de «fiesta»; se sirvieron chupitos de Jack Daniel's para todos los asistentes (y aún quedó suficiente para repetir) y la Bonzo Dog Band sonó alegremente por el sistema de megafonía a medida que iban llegando aquellos que deseaban presentar sus respetos y celebrar la vida de Lemmy. En la parte delantera de la capilla, entre las flores, estaban las torres de amplificadores de Lemmy, su urna (una maravillosa pieza modelada en forma de uno de sus famosos sombreros), sus botas, algo de privá, fotos de Motörhead y uno de sus bajos. Se decidió transmitir por *streaming* la ceremonia a través de YouTube, permitiendo así que cientos de miles de admiradores se reuniesen en sus respectivas localidades para oír los homenajes y anécdotas contados por los invitados.

Lemmy se habría sentido calladamente orgulloso si hubiera podido ver cuántos de sus amigos y colegas se presentaron para compartir sus recuerdos. Ozzy Osbourne, Lars Ulrich, Dave Grohl, Slash, Rob Trujillo, Rob Halford, Triple H, Dee Snider, Geezer Butler, Gene Simmons, Jerry Cantrell, Mike Inez, Whit Crane, Slim Jim, Scott Ian, Duff McKagan, Nik Turner... la lista de músicos y artistas que acudieron

fue enorme, y muchos otros enviaron sus respetos. Mikkey Dee compartió varias reflexiones personales, mientras que Phil Campbell, demasiado enfermo para viajar, se aseguró de enviar un arreglo floral apropiadamente acorde al «humor de Lemmy». Para aquellos reunidos en la abarrotada capilla, fue duro pero catártico oír hablar a los miembros de la «motörfamilia» de Lemmy, como Roger De Souza, Ian Gainer, Ute Kromrey y Dixon, mientras que su hijo Paul recitó un emotivo panegírico. La última palabra la tuvo el propio Lemmy: uno de sus ayudantes, Steve Luna, golpeó uno de sus Rickenbacker 4001s y subió a tope el volumen para recrear el *feedback* con el que siempre terminaba sus conciertos. Después la celebración se trasladó al Rainbow. Allí, amigos, familia y fans charlaron, rieron, lloraron y bebieron, pero lo cierto es que por debajo de todo vibraba un sentimiento de completa incredulidad. Lemmy no era simplemente un artista ni simplemente un músico, era un estilo de vida e incluso un adjetivo por derecho propio: el precursor por antonomasia de una manera ruidosa, rápida, independiente y verdaderamente libre de vivir, el tipo de persona capaz de conquistar a personas de todas las clases, géneros, culturas, profesiones y continentes. El vacío dejado por su fallecimiento era simplemente demasiado grande como para que su familia, amigos y fans hubieran podido procesarlo.

En los días, semanas y meses transcurridos desde entonces, todos aquellos que amaban a Lemmy han dicho lo mismo: «No parece real. Sigue siendo una abstracción».

Pero a pesar de que Lemmy...

Un hombre de una decencia casi indecente

Un hombre de enorme sabiduría e ingenio

Un hombre de letras y de hermosas palabras

Un hombre de integridad

Un hombre de honor

Un hombre para sí mismo y un hombre del pueblo
Un hombre afectuoso y un buen hombre
Un hombre que desde 1969 sólo intentó una vez pasar un año y pico sin vello facial y se dio cuenta de que la cosa no funcionaba
Un hombre cuyas piernas no vieron la luz del sol hasta 1992
Un hombre que una vez volcó una bandeja de vieiras malolientes en la papelera del autobús y la recuperó doce horas más tardes para desayunar
Un hombre capaz de contártelo absolutamente todo sobre el SS *Titanic*. ¡Todo!
Un hombre que durante décadas usó un televisor con agujeros de bala en los altavoces (bueno, *parecían* agujeros de bala, pero él odiaba las pistolas, así que ¿quién sabe?)
Un hombre que disfrutaba montando los juguetitos que vienen dentro de los huevos Kinder
Un hombre cuyos conocimientos de historia habrían puesto en evidencia a la mayor parte de los maestros
Un hombre que adoraba a Spike Milligan, Harry Secombe, Peter Sellers y los Monty Python
Un hombre que, a pesar de lo mucho que rezongaba sobre los problemas de la humanidad, SIEMPRE tuvo tiempo para todo el mundo
Un hombre que no toleraba ni a los malnacidos ni a los traicioneros
Un hombre que amaba y apreciaba a las mujeres
Un hombre capaz de escribir letras maravillosas
Un hombre capaz de tocar bellamente el bajo
Un hombre que cambió las reglas en todas las maneras adecuadas
Un hombre que fue en sí mismo un estilo de vida y que siempre defendió que *tú* pudieras vivir la *tuya* sin temor a ser juzgado

Un hombre totémico para tantos otros, un héroe...

... nos ha abandonado, Ian Fraser «Lemmy» Kilmister sigue siendo una leyenda. Nacido para perder, vivió para ganar, y mediante su legado sigue asegurándose de que muchos, muchos otros hagan exactamente lo mismo, sea cual sea el camino que decidan seguir. Así que, por favor... alza tu copa y sube a tope el puto VOLUMEN. Él no esperaría otra cosa.